

JOAN MARGARIT CONSARNAU

PREMIO DE LITERATURA
EN LENGUA CASTELLANA
MIGUEL DE CERVANTES
2019



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA

SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PROMOCIÓN DEL LIBRO, LA LECTURA
Y LAS LETRAS ESPAÑOLAS

Presentación

Enamorarse o escribir versos: ¿qué es más poético? Enamorarse, sin duda. Pero frente al desamor, frente al dolor, la única salida es escribir. Con mayor razón si se ha perdido a un ser querido, insustituible, irreparable. Margarit empezó a escribir para sobrevivir, como tabla de salvación. La poesía, decía, es el único camino frente a la desesperación humana, o por lo menos frente a la mía. O soy capaz de escribir, o no hallaré consuelo y entonces renunciaré a la poesía para siempre. Margarit, que nos dejó un 16 de febrero, pensaba así, y escribió para vivir. Y lo consiguió. Dio un sentido pragmático a la belleza.

El año 2020 quedará en el recuerdo como un año de ausencias. Ese año en el que renunciamos a tanto para protegernos mutuamente, trajo consigo pérdidas irreparables con las que aún estamos aprendiendo a vivir. La excepcionalidad de la crisis sanitaria que aún perdura incidió en todo, también en una tradición que, por primera vez, no se pudo mantener. Nuestro Premio Cervantes no pudo dar a conocer el discurso que había preparado, las palabras que, en esos momentos tan duros, deseaba compartir con todos nosotros. Él, que tanto sabía de dolor y de pérdidas, que tanto sabía de cómo sobrevivir a esta vida.

Y es que Margarit descubrió con su escritura que, además de para resistir, la poesía servía para construir. Apareció aquí la mirada del arquitecto, del profesor universitario, catedrático en la Universidad Politécnica de Cataluña. No hay que huir, ni maldecir, sino ayudar, empatizar y comprender. Es también la mirada del ciudadano laico que creía en el valor de la palabra, del diálogo, del acuerdo. Alejado *del potius mori quam foedari* (del «mejor sucumbir que pactar»), o del *fiat iustitia et pereat mundus* («hágase justicia caiga quien caiga»), cultivó la amistad cívica, el entendimiento, la concordia, el juego limpio y el respeto, precondiciones de toda democracia genuina.

Le vi por última vez en Barcelona, el 21 de diciembre pasado. Acompañé a los reyes Felipe y Letizia en lo que fue un encuentro entrañable que no olvidaré nunca. Le llevamos el Cervantes y allí estaba él, feliz, poderoso, indestructible, con su compañera de vida, sus hijos y sus nietos. Nos recitó maravillosamente, en catalán y en castellano, el último poema que había escrito. A mí me regaló su autobiografía, *Para tener casa hay que ganar la guerra*, un texto duro que he vuelto a releer en estas semanas y que me ayudó a comprenderle, a conocerle mejor. Y me lo dedicó: «Para José Manuel, mi ministro de Cultura, con agradecimiento por su deferencia de «traerme» el Cervantes a Barcelona. Con un abrazo de su Joan Margarit».

Ante la imposibilidad de realizar el acto de entrega del premio en las fechas tradicionales, coincidiendo con la celebración del Día del Libro, el Ministerio de Cultura y Deporte quiso rendir homenaje al poeta y acercar su figura a todos los ciudadanos. Para ello se incluyó en la página web del ministerio un video-homenaje sobre Margarit, material gráfico y su biobibliografía. Y ahora, tras su fallecimiento, esta publicación es un pequeño homenaje póstumo a nuestro Premio Cervantes, que sirve para reparar una pérdida, al menos una, dando a conocer las palabras que el poeta debía pronunciar desde la cátedra del Paraninfo de Alcalá, palabras que nunca pudimos escuchar pero que nos pertenecen a todos. 'Mi discurso de la lengua' se publica en castellano y en catalán, junto a dos textos introductorios de José-Carlos Mainer y Jordi Gracia, grandes estudiosos de su obra, y lo acompañamos de una biografía y una bibliografía actualizada.

Se nos ha ido nuestro gran poeta en catalán y en castellano, nuestro poeta universal y a la vez cercano, íntimo, de una enorme dignidad. Nos deja su obra y su ejemplo; un ejemplo de humanidad, coherencia y autenticidad.

Adiós, Joan. Descansa en paz.

José Manuel Rodríguez Uribe
Ministro de Cultura y Deporte

Joan Margarit: una poesía exigente

La literatura es inspiración, imaginación y forja de un estilo, pero también incluye la tarea que corresponde a quienes la promueven y la dan a conocer, a quienes la convierten en letra impresa y a quienes la hacen llegar hasta nosotros en ese universo tan placentero cuya difusión regentan libreros y bibliotecarios. Todos forman parte de esa conspiración de sentimientos que disfrutamos los lectores. Y todo ese mundo está presente en la memoria de quienes celebran cada 23 de abril el Día Internacional del Libro, que fue en su origen una feliz invención del editor valenciano Vicente Clavel y de sus colegas de la Cámara del Libro barcelonesa en 1926.

Cuando cincuenta años después se entregó el primer Premio Cervantes para distinguir el mérito de un escritor en nuestra lengua común, no podía haber ninguna duda acerca de cuál debía de ser el día en que se formalizara la entrega de ese galardón. Tampoco la hubo para elegir la ciudad y marco que la acogería con los méritos y la solemnidad debida. Por eso, año tras año, la entrega del Premio Cervantes se cumple en el hermoso Paraninfo de la Universidad de Alcalá, legado del gran Cardenal Cisneros. Este centro fue testimonio del potente humanismo cristiano de la España de finales del siglo XV y muy pronto estuvo vinculado al libro y a la edición, por obra de una de las hazañas universales de la erudición y la tipografía: la *Biblia Políglota Complutense*. Pero también estuvo unida a los grandes momentos de la historia literaria de los siglos XVI y XVII porque en estas aulas enseñó gramática Antonio de Nebrija y estudiaron Lope de Vega y Quevedo, entre muchos otros escolares. E incluso aquí, en el siglo XVIII -en plena batalla de los ilustrados por la reforma de la envejecida institución académica- coincidieron, y se hicieron amigos, dos de los más admirables hombres de aquella centuria: el colegial de San Ildefonso y bachiller en cánones, Gaspar Melchor de Jovellanos, y el literato y militar José de Cadalso, que le aconsejó que escribiera poesías. Desde 1977, año en que inició su nueva andadura, esta Universidad vive el fecundo proceso de renovación que, desde los años setenta, define el panorama académico español.

Alcalá fue también la patria de Cervantes, si bien pocos escritores de su tiempo tuvieron tan clara conciencia de pertenecer a ese otro y más amplio lugar que logra alcanzar la curiosidad y la imaginación del escritor. Como su coetáneo Shakespeare, Cervantes admiró Italia -que era su referencia vital- pero también se supo ciudadano de las muchas partes de la España imperial y decadente, cuyas dimensiones humanas conoció y le conmovieron como a muy pocos: desde Sevilla y Andalucía, cuyo mundo popular le fascinaba, hasta Cataluña, donde su héroe, don Quijote, encontró bandidos conversadores, nobles dadivosos, impresores de libros, fiestas animadas y donde, por vez primera en su novela, todos tributaron a su protagonista la reverencia y el favor que merecía. Sin embargo, fue allí donde le esperaba la derrota frente al Caballero de la Blanca Luna, y donde se inició el pesadoso camino que le llevaría de vuelta a la aldea y al melancólico final del relato... Las dimensiones de esa cordialidad cervantina, su honda y piadosa comprensión de lo humano, han hecho siempre fácil que los escritores galardonados con el premio encuentren algo que glosar en nuestro autor.

Seguro que también es así para Joan Margarit, el poeta que celebramos en esta ocasión y cuya primera lengua -la de un niño nacido en Sanaüja [Sanahuja], en 1938, en plena Guerra Civil- fue lógicamente el catalán. Su encuentro con la lengua castellana no fue nada fácil y lo ha recordado en un poema, «A través del dolor», de su último libro: fue el pescozón de un guardia que le decía «Habla en cristiano, niño». Pero ya en un poema anterior, «Dignidad», había escrito que nunca odió el castellano. Y dice allí que la lengua «no tiene la culpa de su fuerza / y menos todavía de mi debilidad». Desde hace treinta años, Joan Margarit escribe de modo paralelo sus poemas en catalán y castellano, porque ambas son sus lenguas, para satisfacción

de sus muchos lectores, ya lo disfrutemos en las dos o en una de ellas. Algo especial tienen los versos de Margarit porque es un poeta que frecuentan muchos que no son lectores habituales de poesía y porque, además, ha encontrado reconocimiento entusiasta en una promoción de poetas bastante más joven que él. Poetas que, alejados de la poesía de vanguardia, han buscado una poética más cercana al realismo, a la expresión de lo cotidiano y a la confidencia autobiográfica.

El mundo poético de Joan Margarit se ha construido sobre una experiencia personal muy rica pero no siempre fácil. No ha ocultado en sus poemas ni el descontento consigo mismo, ni su preferencia por la lucidez descarnada frente al sentimentalismo; por eso tampoco disfraza lo deliberadamente provocativo de sus temas y de sus actitudes. Ha contado su infancia y adolescencia en un libro en prosa, altamente admirable por la franqueza de la expresión y por su honda capacidad evocativa. El título habla por sí mismo: *Para tener casa hay que ganar la guerra*. Solo el trabajo y el largo paso del tiempo hicieron que él y su familia dispusieran de la añorada residencia propia. Eso explica que muchos de sus versos se vinculen, tan explícitamente, a los lugares y paredes por donde ha transcurrido su vida. Joan Margarit ha morado en sus casas y sabe construirlas, porque no en vano él es un arquitecto de renombre, dedicado al cálculo de estructuras, materia de la que fue catedrático, y que ha firmado obras importantes y complejas. Empezó a escribir versos tempranamente pero tardó en encontrar una expresión que le satisficiera más allá de aquellos primeros «Restos de aquel naufragio», que es el título colectivo dado a los pocos poemas antiguos que ha querido rescatar. *Casa de misericordia*, uno de sus libros más definitorios, compara la función de la poesía con la que desempeñaron, en los oscuros años de la posguerra, aquellas casas de acogida de huérfanos donde la disciplina y el trato duro constituían la única posibilidad de sobrevivir para muchos derrotados. Él creyó que esa debía ser la función de sus versos y por eso escribió que «por más bello que sea, un buen poema / ha de ser siempre cruel». Y así lo entienden y comparten los lectores de los poemas de Joan Margarit.

Precisamente por esa confidencialidad de su poética el escritor busca la cercanía de sus lectores, le gusta recitar en público sus versos y, a veces, incluso, con acompañamiento musical. Es amante del jazz y su hijo Carles, un importante saxofonista, le acompaña a menudo en sus recitales; también le gusta la música sinfónica y ambas formas, la clásica y el jazz, han estado presentes como tema de muchos de sus versos. Como lo están la pintura (Hokusai, Balthus) y el recuerdo de los poetas que admira. Estos frutos, amados y admirados, del arte ajeno forman parte de una vida que los últimos libros de Margarit contemplan desde una madurez que ni le asusta ni rechaza, y ante la que nunca rebaja su exigencia moral. Los títulos que llevan sus últimos libros reflejan la adecuación de Margarit al paso de la edad: *Misteriosamente feliz*, *Se pierde la señal*, *Amar es dónde*, *Un asombroso invierno...* Los poemas que los integran revelan la persistencia de la desazón, el latido del recuerdo imborrable y la desolación de la felicidad perdida. Una desazón que rebrota cada vez que recuerda el mundo de su infancia. Un recuerdo imborrable de la felicidad, que aparece cada vez que evoca su estancia adolescente en la isla de Tenerife o repasa momentos de su relación con la compañera de siempre: la Raquel de sus versos. Y la felicidad perdida es una desolación con el nombre de Joana, la hija que da título al sobrecogedor libro que le dedicó a su muerte.

Sin duda estos, con otros muchos, han sido motivos que han valorado quienes han decidido conceder a Joan Margarit el Premio Cervantes de 2019, tan ampliamente merecido, y que el escritor añade a otros también valiosos reconocimientos, como son el Premio Nacional de Literatura de la Generalitat; el Nacional de Poesía y, en convocatorias de carácter iberoamericano, el Premio Pablo Neruda en Chile,

el Premio Poetas del Mundo Latino, en México, y el muy reciente Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, en España. Las buenas noticias son siempre bienvenidas en tiempos de zozobra... Y porque este premio es una buena nueva para todos, felicitamos vivamente a Joan Margarit, ciudadano crítico de nuestro país y gran poeta en dos de sus lenguas. Como Juan Marsé, como Ana María Matute, como Juan Goytisolo y como Eduardo Mendoza -por citar solo a recientes galardonados catalanes con el Premio Cervantes-, Joan Margarit es otro testimonio catalán de la vitalidad y la riqueza de las letras de España.

JOSÉ-CARLOS MAINER

Un poeta radical

No pudo ser. El chiste estaba preparado, pero la suspensión del acto de entrega del premio Cervantes en abril de 2020 lo abortó. Joan tenía que haber escuchado el discurso del ministro de Cultura, Joan tenía que haberlo comentado conmigo, yo tenía que decirle enfáticamente que ese discurso flojeaba, banalizaba o incluso trivializaba la alta figura del poeta, y Joan tenía que girarse hacia mí para decir sonriente, resabiado y sabihondo, *què et pensaves? És un politic!* Y entonces la carcajada estallaría ruidosísima cuando supiese que el discurso lo había escrito yo. Pero no pudo ser y, al final, después de la entrega del premio en diciembre por parte del rey, tanto José-Carlos Mainer como yo le mandamos nuestros textos. El mío era más o menos este.

Las vidas de los poetas se parecen poco entre sí y encajan mal en la imagen común del solitario retirado del mundanal ruido. En el caso de Joan Margarit se desmiente de dos maneras complementarias porque es y ha sido un solitario radical y, a la vez, un hombre activo en la trama civil de su tiempo. La sociedad catalana y española no siempre han sabido identificar en la misma persona al espléndido poeta y al solvente arquitecto. Algunos sabían de su condición de catedrático de Estructuras en la muy prestigiosa Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona, cuando esa era una especialidad novedosa y rara, a finales de los años sesenta. Otros incluso sabían de su dedicación a la obra en marcha de la Sagrada Familia, junto a su amigo el escultor Josep M. Subirachs, o conocían obras relevantes como el pabellón del equipo de baloncesto Tau Vitoria o la remodelación del Estadi Olímpic de Montjuïc para las Olimpiadas de Barcelona en 1992. Pero a menudo ignoraban que ese mismo Joan Margarit arquitecto era poeta desde antiguo, premiado en los años ochenta con casi todos los galardones posibles, cuando cambió su lengua de escritura y pasó del castellano aprendido en la escuela a la lengua materna de su infancia.

Pero a menudo ha sucedido también lo contrario. Quienes conocían y seguían su obra de poeta –Margarit es desde hace décadas un poeta con lectores– ignoraban que esa destilación lírica de su experiencia había sido posible gracias a un oficio completamente ajeno a la poesía y a la literatura. Desde sus primeros libros supo que su profesión para ganarse la vida no podía en ningún caso estar vinculada a la edición, la poesía o la literatura. Cuenta en un libro emocionante sobre su infancia y juventud, *Per tenir casa cal guanyar la guerra*, la súbita comprensión de esa doble vida que necesitaba el poeta para proteger su poesía: su vida profesional iban a ser la arquitectura y la enseñanza de la arquitectura pero su vida íntima y secreta sería pública solo a través de la poesía.

Quizá por eso algunos de sus más hermosos poemas nacen de la experiencia a pie de obra, en las visitas a edificios en construcción o entre los andamios que reparaban las fincas pobres y enfermas de aluminosis de los años ochenta y noventa. Allí se llevaba siempre su cuaderno y su lápiz –como siguió llevando en los bolsillos poemas impresos en versiones cambiantes– para escribir en los tiempos muertos y en los cafetines perdidos los primeros borradores de los futuros poemas.

Pero no es el único secreto de Margarit ni es tampoco la única sorpresa que reserva su fecunda trayectoria. Nació a la poesía en el castellano culto y aprendido en la escuela franquista. Margarit se escolarizó en la España siniestra de la victoria imperial y españolísima, y fue esa misma escuela nacional-católica quien introdujo en un niño de la derrota, nacido en un pueblecito de Lérida en 1938, una hostilidad insintintiva hacia un idioma asociado con el franquismo despótico, con la prohibición y la represión violenta del catalán, cotidiano en la casa y en la calle. Por supuesto, no

fue esa una enfermedad crónica o incurable porque en seguida aprendió a leer en el español de algunos poetas la lengua de la libertad y de la rebeldía, de la creación y la virtud: lo hizo con los poemas de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado, lo hizo durante un tiempo de forma obsesiva con los libros de Pablo Neruda, de Gabriel Celaya o de Blas de Otero, de José Agustín Goytisolo o de Jaime Gil de Biedma y, andando el tiempo, lo hizo también con los poemas de grandes amigos de hoy, como Luis García Montero, Antonio Jiménez Millán o Carlos Marzal. Y esa ha sido también la lengua en que ha traducido a algunos de sus poetas de cabecera, como Thomas Hardy, también arquitecto, o Elizabeth Bishop.

Pero todavía en la peripecia de Margarit destaca un rasgo insólito más, y quizá decisivo en la conformación del poeta racionalista de las emociones escondidas. Fue en su juventud un muchacho nómada que aprendió a vivir en la precariedad radical del medio rural de Lérida o en la oscura ciudad que entonces era Gerona, hasta llegar en esa itinerancia fértil a las lejanas tierras de Santa Cruz de Tenerife. Allí había sido destinado su padre, arquitecto también, y eso condicionó numerosos viajes de Margarit de vuelta a la península, como estudiante, en cargueros mercantes y buques que años después nutrirían algunos de los poemas más melancólicos y exaltados de su obra.

Sí, es verdad que el pasado amasado en la memoria de la experiencia es la levadura central de su poesía. Y es verdad también que para llegar a ese cálido y cruel aroma que trae la memoria veraz hubo de necesitar una larga maduración literaria y poética. Como atípico poeta, hay todavía una última singularidad, y es que el apego de Margarit por su obra no ha sido jamás incondicional. Ha sido probablemente el poeta contemporáneo que más libros ha descartado de su larga trayectoria. El paso al catalán como lengua desde 1980 significó tal inmersión en la textura íntima de una nueva lengua de escritura que le condujo a una euforia desatada, traducida en una decena de libros apreciables y valiosos pero todavía sin haber cuajado la voz del gran poeta que es Margarit.

Necesitó todavía una cosa más. No ya solo hacerse dueño de una lengua de cultura nueva, no ya solo una vida profesional autónoma y prestigiosa, ni siquiera el reconocimiento público de múltiples premios en una Cataluña democrática y autónoma. Lo que necesitó fue identificar la raíz de una tradición propia para ser el poeta que todavía no era. Y es ahí donde el más importante poeta catalán de la segunda mitad del siglo xx, Gabriel Ferrater, desempeña un papel crucial en su concepción de la poesía y en el renovado magisterio que ha ejercido Margarit. A sus cincuenta años, Margarit supo depurar los poemas de la nebulosa ensoñación estilística y confusionaria para depurarlos cada vez de forma más radical y limpia, para dejar desnuda la arquitectura de una emoción lírica que involucraba la vida moral del poeta. Los desengaños, el miedo, el rencor, el amor o la memoria del dolor alientan desde entonces en sus poemas como parte de una experiencia ampliamente compartida por lectores con otras biografías.

La distancia que había buscado Margarit entre su oficio de arquitecto y su vocación de poeta encontró una vía de sutura impensada. El matemático cerebral, frío y calculador que hay en el arquitecto y catedrático de Estructuras dotó de una nueva herramienta lírica al Margarit poeta para no enfatizar ni confundir las emociones complejas. Desde entonces, con *Llum de pluja* en 1987, *Edat roja* en 1990 o *Els motius del llop* en 1993, Margarit aprendió a ser sin melodrama ni sentimentalismo el poeta de las emociones crueles, las verdades impronunciadas o las sospechas indeseables sobre la condición humana. Hay una secreta vinculación entre su poesía y la racionalidad del arquitecto comprometido con que la casa que construye no se hunda, ni se erosione ni se degrade sin remedio. Las formas de la verdad poética

de Margarit son clásicas sin rastro del sermón del predicador ni del aviso didáctico del maestro moral. Son indagaciones sobre la fragilidad de las emociones y el imperio de la memoria; son a menudo también radiografías sobre las ilusiones banales y contra la mentira como falso escudo ante las agresiones de la vida.

Por eso cuando ha meditado en prosa sobre su oficio de poeta, y lo ha hecho brillantemente en su libro *Poética. Construcción de una lírica*, ha necesitado vincular su poesía a la vida moral del poeta, como hicieron algunos de los grandes, sea Juan Ramón Jiménez, sea Gabriel Ferrater, sea Antonio Machado o sea Auden. Su tema es la vida moral sin moralina ni moraleja, el espacio íntimo de las decisiones y los ensueños sin incurrir en la autocompasión ni tampoco en la derogación del mundo por falso, ilusorio o engañoso. La afición común a mentirnos a nosotros mismos, por conveniencia y oportunismo, está fuera de una poesía fundamentalmente leal al ideal clásico de la verdad moral.

El crujido de esa epifanía suele estar al final del poema, en los versos últimos donde se delata la verdadera causa de la escena que suele desarrollar o el recuerdo que invoca. Aunque ninguno de nosotros haya llevado nunca en el bolsillo una navaja oculta, hemos sentido el vértigo y la tentación de la violencia y la intrincada mezcla de emociones que concita. Y aun cuando nunca hayamos conducido una silla de ruedas con nuestra hija enferma sentada en ella, somos cada uno de nosotros quien mira por el retrovisor en un antológico poema en el que, como escribió José-Carlos Mainer, todos somos Joana. Las escenas de la vida cotidiana son la ficción en la que Margarit cimenta el poema para concentrar la emoción de existir.

La heterodoxia de la poesía de Margarit y de Margarit mismo se nutre de una distancia física pero invisible hacia los valores masivos de una sociedad no siempre atenta ni lúcida, no siempre ecuánime ni honrada. En su indumentaria de catedrático sin traje ni corbata, y en su don de poeta y vate, se esconde una exquisita sensibilidad para el dolor propio y ajeno, para la tragedia íntima y secreta de un deseo frustrado, de un amor olvidado, de una muerte llorada en silencio. No hay aspaviento ni espectáculo en sus poemas sino el rumor caliente de una voz que comprende, compadece y consuela con la dosis justa de crueldad sin ensañamiento: una emoción cervantina de estirpe clásica que explica grandes libros de la literatura en democracia como *Joana*, como *Estación de França* o *Casa de misericordia* o *Cálculo de estructuras*.

Por eso la poesía bilingüe de Margarit es dolorosa y compasiva; es a la vez arma y consuelo para quienes no temen explorar sus contradicciones, sus desdenes, sus rencores contra el pasado o incluso contra sí mismos, y quizá sea ese el mejor elogio de un poeta.

Margarit ha sido el poeta vital y hedonista que deplora la vejez sin arruinársela. La lucidez del hombre dota al poeta de la capacidad de ver en la decadencia física y las renunciadas de la edad otras formas de la dignidad, también en la última etapa. *Es perd el senyal* (*Se pierde la señal*) es un acierto íntegro para titular uno de sus poemarios recientes. Sí, se pierde la señal, se pierde la cobertura, flaquea la conexión con el mundo, pero ahí estuvo, persistente, tenaz y *Misteriosamente feliz*, como dice uno de sus últimos poemarios, quizá porque también ha aprendido a hacer fascinante el invierno, como dice otro de sus últimos títulos, a condición de haber aprendido antes a vivir, consigo mismo y con los demás, las estaciones de amor y dolor de una vida plena.

JORDI GRACIA

JOAN MARGARIT CONSARNAU

Premio Cervantes 2019

Vida

Poeta en catalán y castellano, ha escrito simultáneamente –que no traducido– y publicado a la vez toda su obra en ambas lenguas. Nace en Sanaüja (Segarra, Catalunya) en 1938. Pasa su infancia, adolescencia y primera juventud en Barcelona, Rubí, Figueres, Girona y Tenerife. Arquitecto de profesión, es catedrático de Cálculo de Estructuras de la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona.

Obra poética en catalán

- **Els primers freds. Poesia 1975-1995** (Óssa Menor Sèrie Gran, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 2004). Contiene los siguientes libros:
 - Crònica* (1975)
 - L'ordre del temps. Poesia 1980-1984* (1984)
 - Llum de pluja* (1986)
 - Edat roja* (1991)
 - Els motius del llop* (1993)
 - Aiguaforts* (1995)
- **Estació de França** (Hiperión, Madrid, 1999).
- **Joana** (Óssa Menor, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 2002; 2008 ed. con CD).
- **Càlcul d'estructures** (Óssa Menor, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 2005).
- **Casa de Misericòrdia** (Óssa Menor, Proa, Barcelona, 2007).
- **Misteriosament feliç** (Óssa Menor, Proa, Barcelona, 2008).
- **Noves cartes a un jove poeta** (Óssa Menor, Proa, Barcelona, 2009).
- **No era lluny ni difícil** (Óssa Menor, Proa, Barcelona, 2010).
- **Es perd el senyal** (Óssa Menor, Proa, Barcelona, 2012).
- **Des d'on tornar a estimar** (Óssa Menor, Proa, Barcelona, 2015).
- **L'ombra de l'altre mar** (poemas que acompañan a pinturas de Josep Maria Subirachs; Nórdica Libros, Madrid, 2016).
- **Un hivern fascinant** (Óssa Menor, Proa, Barcelona, 2017).
- **Tots els poemes (1975-2017)** (Labutxaca, Edicions 62, Barcelona, 2020).

ANTOLOGÍAS PERSONALES DEL AUTOR Y PROSA

Antologías individuales y prosa

- **Remolcadors entre la boira** (poemas en torno a la música; *Veles i vents*, L'Aixernador, Argentona, 1995).
- **Poesia amorosa completa** (Labutxaca, Edicions 62, Barcelona, 2010).
- **Trist el qui mai no ha perdut per amor una casa** (D. Sam Abrams; *Les eines*, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 2001).
- **Barcelona amor final** (edició trilingüe: versiones castellana y catalana del autor; versión inglesa de Anna Crowe; Óssa Menor Sèrie Gran, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 2007). Edición en catalán (Labutxaca, Proa, Barcelona, 2015).
- **Noves cartes a un jove poeta** (Óssa Menor, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 2009).
- **Poemes d'amor** (Óssa Menor, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 2013).
- **Per tenir casa cal guanyar la guerra. Infància, adolescència, primera joventut** (Proa, Barcelona, 2018).

- **Poètica. Construcció d'una lírica** (Edicions 62, Editorial Empúries, Barcelona, 2020).
- **Sense el dolor no hauríem estimat. Antologia personal** (Raval Edicions, Proa, Barcelona, 2020).

Antologías de Joan Margarit realizadas por otros autores

- **Antología del Navegant** (Maria de la Pau Cornadó; La Magrana, Barcelona, 1993).
- **Marbre d'aire** (D. Sam Abrams; Editorial Andorra, Andorra la Vella, 2012).

Obra poética en castellano

Todo es obra del autor, excepto Edad roja, dentro de El primer frío, que es una versión del catalán de Antonio J. Millán.

Obra poética (eds. bilingües)

- **El primer frío: Poesía 1975-1995** (Visor, Madrid, 2004). Contiene los siguientes libros:
Crónica (1975)
El orden del tiempo. Poesía 1980-1984 (1984)
Luz de lluvia (1986)
Edad roja (1991)
Los motivos del lobo (1993)
Aguafuertes (1995)
- **Estació de França** (Hiperion, Madrid, 1999).
- **Joana** (Hiperion, Madrid, 2002).
- **Cálculo de estructuras** (Visor, Madrid, 2005).
- **Casa de Misericordia** (Visor, Madrid, 2007).
- **Misteriosamente feliz** (Palabra de honor, Visor, Madrid, 2009).
- **Nuevas cartas a un joven poeta** (Barril&Barral, Barcelona 2009).
- **Llegas tarde a tu tiempo. Poesía 1999-2002** (Joana y Estación de Francia; Visor, Madrid, 2010).
- **No estaba lejos, no era difícil** (Palabra de honor, Visor, Madrid, 2011).
- **Se pierde la señal** (Palabra de honor, Visor, Madrid, 2013).
- **Amar es dónde** (Palabra de honor, Visor, Madrid, 2015).
- **La sombra del otro mar** (poemas que acompañan a pinturas de Josep Maria Subirachs; Nórdica Libros, Madrid, 2016).
- **Un asombroso invierno** (Palabra de honor, Visor, Madrid, 2017).
- **Una mujer mayor** (poemas que acompañan a pinturas de Paula Rego; La Cama Sol, Alcobendas 2019). Edición solo en castellano.
- **Todos los poemas (1975-2017)** (Austral, Barcelona, 2020). Edición solo en castellano.

Antologías personales del autor y prosa

- **Cien poemas** (edición bilingüe; La Veleta, Comares, Granada, 1997).
- **Las luces de las obras. Arquitecto entre poemas** (edición bilingüe; Colegio de Arquitectos de Cádiz, 1999).
- **Antología en su voz** (Libro y CD, recitado en catalán y castellano; Visor, Madrid, 2008).
- **Poética y poesía** (Fundación Juan March, Madrid, 2010).
- **Nuevos cien poemas** (edición bilingüe; La Veleta, Comares, Granada, 2014).
- **Para tener casa hay que ganar la guerra. Infancia, adolescencia, primera juventud** (Austral, Barcelona, 2018).
- **Poética. Construcción de una lírica** (Arpa, Barcelona, 2020).
- **Sin el dolor no habríamos amado. Antología personal** (Visor, Madrid, 2020).

Antologías de Joan Margarit realizadas por otros autores.

- **Amor y tiempo** (edición bilingüe de Antonio Jiménez Millán; Litopress, Córdoba 2005).
- **Arquitecturas de la memoria** (edición bilingüe de José Luis Morante; Cátedra, Madrid, 2006).
- **Intemperie** (edición bilingüe; Rilke, Madrid, 2010).
- **La libertad es un extraño viaje** (selección y prólogo de Marisa Martínez Pérsico; Granada, Valparaíso, 2018).
- **Viaje hacia la sombra** (edición, selección e introducción de Lina Rodríguez Cacho; Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional, Salamanca 2019).

Obra poética traducida

Al inglés

- **Tugs in the Fog** (versiones de Anna Crowe; Bloodaxe Books, Hexham, 2006).
- **Barcelona final love** (versiones de Anna Crowe; Proa, Barcelona, 2007).
- **Strangely Happy** (versiones de Anna Crowe; Bloodaxe Books, Hexham, 2010).
- **In person 30 poets** (Antología de poetas editados en Bloodaxe Books, Hexham, 2008, con CD).
- **Being Human** (International Selection with emotional power; Bloodaxe Books, Hexham, 2011).
- **New Letters to a Young Poet** (Swan Isle Press, Chicago, 2011).
- **Love is a place** (versiones de Anna Crowe; Bloodaxe Books, Hexham, 2016).

Al alemán

- **Joana und Andere Gedichte** (versiones de Juana y Tobias Burghardt; Edition Delta, Stuttgart, 2007).

Al ruso

- **Ogni magnoveni** (Llums dels instants; Universidad de San Petersburgo, 2003).

Al hebreo

- **Meolam lo raíti atsmí ievaní** (Nunca me tuve por griego; versiones de Shlomo Avayou; Keshev Publishing House, Tel Aviv, 2004).
- **Mabat Ba-Mara Ha-Penimit** (Los ojos del retrovisor; versiones de Shlomo Avayou; Keshev Publishing House, Tel Aviv, 2008).
- **Ze lo haya rajok ze lo haya kashe** (No estaba lejos, no era difícil; versiones de Shlomo Avayou; Keshev Publishing House, Tel Aviv, 2011).

Al portugués

- **Casa da Misericórdia** (versiones de Rita Custódio y Alex Tarradellas; OVNI, Lisboa, 2009).
- **Misteriosamente feliz** (edición de Miguel Filipe Mochila; Lingua Morta, Lisboa 2015).

Al euskera

- **Miserikordia Etxea** (versiones de Juan Ramón Makuso; Meettok, Donostia, 2009).

Al francés

- **Leçons de vertige** (antología realizada por Noé Pérez Núñez; Les Hauts-Fonds, Brest, 2016).

JOAN MARGARIT TRADUCTOR DE OTROS AUTORES

Del catalán al castellano

- **Amada Marta**, de M. Martí i Pol (edición bilingüe; Llibres del Mall, Sant Feliu del Racó, 1980).
- **Poema inacabado**, de G. Ferrater (edición bilingüe con Pere Rovira; Alianza Editorial-Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1989).

Del inglés al catalán (con Anna Crowe)

- **No hi ha treva per a les fúries**, poemas de R. S. Thomas (edición bilingüe; Proa, Barcelona, 2013).

Del inglés al castellano (con D. Sam Abrams)

- **Thomas Hardy. Poemas** (edición bilingüe; La Veleta, Comares, Granada, 2001).
- **Elizabeth Bishop: Obra poética** (edición bilingüe; Igitur, Montblanc, 2008).
- **Sharon Olds: Stag's Leap, El salto del ciervo** (con Eduard Lezcano Margarit, Igitur, Montblanc, 2018).

Del alemán al catalán (con Feliu Formosa)

- **Rainer Maria Rilke. Cincuenta poemas de Neue Gedichte** (Quaderns Cremà, Barcelona, 2011).

Premios y Distinciones

- *Miquel de Palol (Fundació Prudenci Bertrana)*, 1981.
- *Vicent Andrés Estellés (Revista El Temps/Editorial 3i4/Fundació Ausiàs March)*, 1981.
- *Flor Natural dels Jocs Florals de Barcelona (Ajuntament de Barcelona)*, 1983.
- *Premi de la Crítica Serra d'Or de Poesia*, 1983.
- *Flor Natural dels Jocs Florals de Barcelona (Ajuntament de Barcelona)*, 1985.
- *Premi Carles Riba de poesia*, 1985.
- *Premi de la Crítica Serra d'Or de Poesia*, 1988.
- *Premi Cadaqués a Quima Jaume (Ajuntament de Cadaqués)*, 2005.
- *Premi de la Crítica Serra d'Or de Poesia*, 2006.
- *Premi Cavall Verd: Josep Maria Llompart (Associació d'Escriptors en Llengua Catalana)*, 2008.
- *Premi Nacional de Literatura de la Generalitat de Catalunya*, 2008.
- *Premi Jaume Fuster de l'Associació d'Escriptors en Llengua Catalana*, 2015.

En el ámbito de la literatura castellana

- *Premio de la Crítica de poesía en catalán (Asociación Española de Críticos Literarios y Associació d'Escriptors en Llengua Catalana)*, 1981.
- *Premio de la Crítica de poesía en catalán (Asociación Española de Críticos Literarios y Associació d'Escriptors en Llengua Catalana)*, 2007.
- *Premio Rosalía de Castro (Pen Club Gallego)*, 2008.
- *Premio Nacional de Poesía (Ministerio de Cultura)*, 2008.
- *En México, el Premio Víctor Sandoval Poetas del Mundo Latino, conjuntamente con el poeta mexicano José Emilio Pacheco*, 2013.
- *En Chile, el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes)*, 2017.
- *Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (Patrimonio Nacional, Universidad de Salamanca)*, 2019.
- *Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes (Ministerio de Cultura y Deporte)*, 2019.

Mi discurso de la lengua

JOAN MARGARIT

Dentro de la historia del Premio Cervantes creo que éste, el del 2019, que me ha correspondido, es el primero en el que el discurso de aceptación no ha podido ser pronunciado, sino tan sólo escrito y –ojalá– leído. Pero deseo que, en cualquier caso, prevalezca en él mi cordialidad, de la que también forma parte haber escogido como tema para este breve pero canónico discurso una cuestión que fue el centro de mi intimidad poética desde los diecisiete años hasta los cuarenta.

Se trata del significado que para la poesía tiene la utilización simultánea y en profundidad de dos lenguas. Si me lo permiten, pues, comenzaré este personal, llamémosle así, discurso de la lengua, planteando la coincidencia, desde mi infancia, de cuatro circunstancias: la primera, haber nacido catalán en un humilde secano de Sanaüja, en La Segarra; la segunda, que ello sucediera en plena Guerra Civil y en el bando perdedor; la tercera circunstancia, tener la casa familiar en Canarias durante mi primera juventud; y, en fin, la decisión, tomada allí y entonces, de escribir poesía.

El catalán es, pues, mi lengua familiar, esa a la que, de una manera muy bella, llamamos materna: la lengua cuya utilización cultural no me fue posible en la infancia, y que mi familia procuró que yo no lo hablase más allá de nuestra intimidad, porque su uso público podía traerle serios disgustos. Sólo en casa seré Joan. Al cruzar la puerta seré Juan hasta los cuarenta años. Y en aquellas mañanas tan frías de los sabañones, mi segunda lengua, el castellano, será la del señor maestro, que tiene una personalidad fuerte, pero que, a la vez, inspira confianza. Él me introducirá en la otra lengua, la castellana, enseñándome su lectura y escritura.

Pero a este breve relato le conviene llegar enseguida a los dieciséis años en Santa Cruz de Tenerife, mi Isla del tesoro. No he olvidado una madrugada de la primavera de 1957, la época en la que subíamos en mula a la cima del Teide. Todos duermen en la casa. Yo estoy escribiendo mi primer poema, y lo hago en castellano, la única de mis dos lenguas en la que había aprendido a escribir sin faltas de ortografía. Estoy sentado ante la ventana abierta, que da primero a las oscuras azoteas de la ciudad, luego a las luces del puerto, más allá a la oscuridad del mar y, en el último horizonte, a los puntos de luz de algún pueblo costero de Gran Canaria, la lejana isla frente a la nuestra.

Fue el comienzo de la escritura. En 1963, a los veintitrés años, ya de nuevo en Barcelona, publiqué mi primer libro de poemas: venía avalado por un prólogo de Camilo José Cela, a quien no conocía. Le había mandado el original y el prólogo llegó a vuelta de correo: decía que yo era un «surrealista metafísico». El suyo fue un trato que me dejó para siempre una imagen afectuosa, risueña y amable del autor de *La colmena*. Publiqué hasta cuatro libros de poesía sólo en castellano, de tres de los cuales no queda ni rastro en mi obra completa actual. Pero es que la inspiración se detenía después de aparecer y se desviaba abruptamente justo antes de encontrar los versos que yo buscaba en la tierra de nadie entre la inspiración y la escritura. Justo antes de escribirlos desaparecían y los sustituía algo con mucha menos fuerza.

Entretanto, terminé la carrera de arquitecto y en 1968, a los 30 años, accedí a la cátedra de Cálculo de Estructuras de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. Lo cito porque nada de todo esto fue en absoluto ajeno a que

mi poesía sea lo que es y no otra cosa. Como tampoco ha sido casualidad que mi vida, digamos profesional, haya transcurrido alrededor de esta arquitectura que –junto con la medicina– es quizá el oficio más viejo del mundo. No ha sido inocente para mi poesía que la seguridad de la casa no esté muy lejos de la seguridad del alma.

Pero, con casi cuarenta años de edad, estaba cerrando una etapa de más de veinte escribiendo en castellano con una crisis que me dejó una honda sensación de tiempo perdido. Ahora me resulta fácil decir que desde la primera juventud hubiera necesitado dos cosas: primero, una intuición clara, y enseguida una larga y compleja reflexión sobre la profunda y especial relación entre la poesía y la lengua materna. Ignoraba este tema, que, hasta hoy, sigue, prácticamente, sin bibliografía, seguramente por los pocos casos que, como el mío, la hubieran necesitado. Quizá será materia para el mundo que viene.

Tanto la intuición como la inmediata reflexión llegaron hacia los cuarenta años, la mitad más o menos de lo que hasta hoy ha sido mi vida, a través de mi amigo, el gran poeta catalán Miquel Martí i Pol, con quien, además, mantenía una intensa correspondencia.

Empecé a pensar en todos los poetas que admiraba y amaba procedentes de cualquier lengua y cualquier época, también los importantes por los que no sintiera un afecto concreto –quiero decir todos los del canon– buscando a alguno que hubiera escrito en una lengua que no fuera la suya materna, como tan frecuentes resultaban estos casos en prosa: los Cioran, Conrad, Becket o Nabokov por ejemplo, grandes escritores en francés o inglés procedentes de otras lenguas maternas. De poetas, no encontré ninguno. O mejor dicho, sólo creí encontrar los poemas franceses de Rilke, aunque enseguida recordé cómo me había sorprendido su baja calidad comparada con la obra en alemán. En ellos vi el reflejo de mi particular conflicto con la poesía.

Es el misterio de la palabra poética. Se pueden tener una o varias lenguas de cultura, pero sólo una sirve para entrar en el lugar donde está el poema. Como en los cuentos, se trata de penetrar en algún sitio pero hay que conocer la palabra que lo abre. Todas estas cuestiones son irrelevantes cuando la lengua materna y la de cultura coinciden. Para cuando no es así, me inventé la fábula de la Catedral: la cultura y su literatura pueden ser una catedral, con maravillosos rosetones, contrafuertes, pilastras, naves, bóvedas, ábsides, portales. Pero nada de esta magnificencia es fundamental para el poema. Porque lo importante es saber que la catedral sin la cripta no existiría. Por más que la cripta no parece gran cosa, tan sólo un humilde agujero excavado en el suelo: pero este es el lugar fundamental, insustituible, de la poesía y la lengua materna.

Enseguida empecé a escribir y publicar los primeros libros en mi lengua materna. A Salvador Espriu, el gran poeta catalán, a quien por cierto no llegué a conocer personalmente, agradezco unas elogiosas palabras que escribió sobre mis poemas, y que terminaban así: «Que el señor Margarit venga del castellano no se nota ni me importa. Mejor aún».

Aunque llegaron algunos reconocimientos importantes, todos aquellos primeros libros en catalán tenían, para mí, el mismo defecto: el exceso de entusiasmo poético y lingüístico, natural por el hecho de acabar de descubrir la causa primera de todos mis problemas, esa especial relación entre la poesía y la lengua materna que yo había ignorado hasta entonces. De aquellos treinta años y trece libros, cuatro en castellano y nueve en catalán, queda hoy al comienzo de mi obra completa el equivalente a un único libro, con el título explícito de *Restos de aquel naufragio*.

Me acercaba a la edad en la que Rilke y Maragall murieron. Pero también sabía que era una edad en la que Saint John Perse, Juan Ramón o Kavafis no habían escrito, todavía, lo mejor de su obra.

Pero la tranquilidad lingüística no llegó aún, porque el paso de la lengua castellana al catalán –que significó una súbita iluminación del territorio poético– me despertó a la vez una profunda tristeza por lo que suponía para mí el abandono de la lengua que tanto me había dado también en lecturas y aprendizaje. El cambio de lengua dejaba una herida sentimental, era una despedida de la otra lengua, la que quedaría lejos para siempre de mis versos. Y no acepté este final: me decía que si Franco me había proporcionado, de un modo violento y terrible, el acceso al castellano, este castellano era lo mejor que su dictadura me había dado y no lo iba a devolver ahora. Y tomé una última decisión sobre la forma de escribir poesía, aprovechando la parte positiva de mi ya larga y complicada experiencia. Me explico: inicio el poema a partir de un núcleo intuitivo, no lingüístico, lo que llamamos inspiración, y suelo hacer muchas versiones, retoques y revisiones. Puedo trabajar durante meses en un poema, siempre a punto para ser rehecho o cambiado. En aquel momento me di cuenta que la clave era aquella primera versión –la que llegaba justo después del territorio no lingüístico– y que aquella era la que yo necesitaba arrancar en catalán, en la lengua materna. Después, ya podía dejar que siguieran avanzando todas las versiones siguientes en las dos lenguas a la vez. Avanzar, que nunca ha significado traducir. De esta forma he escrito –todos ellos en las dos lenguas– los casi novecientos poemas que, al fin y hasta hoy, he dejado que entraran en mi obra.

Tengo una ya larga vida dedicada a las lenguas catalana y castellana extrayendo de ambas la propia paz interior, pero, sobre todo, intentando proporcionar a los lectores esa ayuda, defensa y consuelo frente a la intemperie que siempre ha sido la principal misión de la poesía. La primera vez que alguien desconocido me paró por la calle para agradecerme que mis poemas le hubieran ayudado a salvar un momento difícil de su vida, supe de verdad por qué escribía y para qué sirve la poesía.

Este es un buen punto para poner fin a este discurso. Con nuestras lenguas hemos expresado, desde luego, lo peor de lo que somos pero también lo mejor de nosotros mismos. Por eso este premio recuerda a Miguel de Cervantes, a quien admiro profundamente aunque no sólo por haber sido uno de los escritores más relevantes que han existido, sino por haberlo sido –además y por lo que yo sé– siendo una buena persona. En nombre de la bondad de Miguel de Cervantes ahora me gustaría terminar con el último de los poemas que he escrito –en este amable y a la vez terrible mes de diciembre de 2020 en el que he recibido mi Premio Cervantes en la intimidad. Esto ha sido posible gracias a la deferencia del rey Felipe y la reina Letizia que, atendiendo a mi imposibilidad de viajar, se han acercado a Barcelona, acompañados del ministro de Cultura, con este único objetivo de entregármelo.

21 de diciembre de 2020

El meu discurs de la llengua

JOAN MARGARIT

Dins de la història del Premi Cervantes crec que aquest, el del 2019, que m'ha correspost, és el primer on el discurs d'acceptació no ha pogut ser pronunciat, sinó tan sols escrit i –tant de bo– llegit. Però, en qualsevol cas, desitjo que prevalgui en ell la meu cordialitat, de la qual també forma part haver escollit com a tema per a aquest breu però canònic discurs una qüestió que va ser el centre de la meua intimitat poètica des dels disset anys fins als quaranta. Es tracta del significat que per a la poesia té la utilització simultània i en profunditat de dues llengües. Si m'ho permeten, doncs, començaré aquest personal, diguem-ne així, discurs de la llengua, plantejant la coincidència, des de la meua infantesa, de quatre circumstàncies: la primera, haver nascut català en un humil secà de Sanaüja, a la Segarra; la segona, que això succeís en plena Guerra Civil i en el bàndol perdedor; la tercera circumstància, tenir la casa familiar a Canàries durant la meua primera joventut; i, en fi, la decisió, presa allí i llavors, d'escriure poesia.

El català és, doncs, la meua llengua familiar, aquesta a la qual, d'una manera molt bella, anomenem materna: la llengua la qual utilització cultural no em va ser possible en la infància, i que la meua família va procurar que jo no ho parlés més enllà de la nostra intimitat, perquè el seu ús públic podia portar-el-hi seriosos disgustos. Només a casa seré Joan. En creuar la porta seré Joan fins als quaranta anys. I en aquells matins tan freds dels penellons, la meua segona llengua, el castellà, serà la del senyor mestre, que té una personalitat forta, però que, alhora, inspira confiança. Ell m'introduirà en l'altra llengua, la castellana, ensenyant-me la seva lectura i escriptura.

Però a aquest breu relat li convé arribar de seguida als setze anys a Santa Cruz de Tenerife, la meua Illa del tresor. No he oblidat una matinada de la primavera de 1957, l'època en què pujàvem en mula al cim de l'Teide. Tots dormen a la casa. Jo estic escrivint el meu primer poema, i ho faig en castellà, l'única de les meues dues llengües en què havia après a escriure sense faltes d'ortografia. Estic assegut davant la finestra oberta, que dóna primer als foscos terrats de la ciutat, després a les llums del port, més enllà a la foscor del mar i, en l'últim horitzó, als punts de llum d'algun poble costaner de Gran Canària, la llunyana illa enfront de la nostra.

Va ser el començament de l'escriptura. El 1963, als vint-i-tres anys, ja de nou a Barcelona, vaig publicar el meu primer llibre de poemes: venia avalat per un pròleg de Camilo José Cela, a qui no coneixia. Li havia enviat l'original i el pròleg va arribar a correu seguit: deia que jo era un «surrealista metafísic». El seu va ser un tracte que em va deixar per sempre una imatge afectuosa, riallera i amable de l'autor de *La colmena*. Vaig publicar fins a quatre llibres de poesia només en castellà, de tres dels quals no en queda ni rastre en la meua obra completa actual. Però és que la inspiració s'aturava després d'aparèixer i es desviava abruptament just abans de trobar els versos que jo buscava a la terra de ningú entre la inspiració i l'escriptura. Just abans d'escriure'ls desapareixien i els substituïa alguna cosa amb molta menys força.

Mentrestant, vaig acabar la carrera d'arquitecte i el 1968, als 30 anys, vaig accedir a la càtedra de Càlcul d'Estructures de l'Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona. Ho cito perquè res de tot això va ser en absolut aliè a que la meua poesia sigui el que és i no una altra cosa. Com tampoc ha estat casualitat que la meua vida, diguem-ne professional, hagi transcorregut al voltant d'aquesta arquitectura que –juntament amb la medicina– és potser l'ofici més vell del món. No ha estat

innocent per a la meua poesia que la seguretat de la casa no estigui molt lluny de la seguretat de l'ànima.

Però, amb gairebé quaranta anys d'edat, estava tancant una etapa de més de vint escrivint en castellà amb una crisi que em va deixar una profunda sensació de temps perdut. Ara em resulta fàcil dir que des de la primera joventut hagués necessitat dues coses: primer, una intuïció clara, i de seguida una llarga i complexa reflexió sobre la profunda i especial relació entre la poesia i la llengua materna. Ignorava aquest tema, que, fins avui, continua, pràcticament, sense bibliografia, segurament pels pocs casos que, com el meu, l'haguessin necessitat. Potser serà matèria per al món que ve.

Tant la intuïció com la immediata reflexió van arribar cap als quaranta anys, la meitat més o menys, del que fins avui ha estat la meua vida, a través del meu amic, el gran poeta català Miquel Martí i Pol, amb qui, a més, mantenia una intensa correspondència.

Vaig començar a pensar en tots els poetes que admirava i estimava procedents de qualsevol llengua i qualsevol època, també els importants pels quals no sentís un afecte concret –vull dir tots els del cànon– buscant a algú que hagués escrit en una llengua que no fos la seva materna, com tan freqüents resultaven aquests casos en prosa: els Cioran, Conrad, Beckett o Nabokov per exemple, grans escriptors en francès o anglès procedents d'altres llengües maternes. De poetes, no vaig trobar cap. O millor dit, només vaig creure trobar els poemes francesos de Rilke, encara que de seguida vaig recordar com m'havia sorprès la seva baixa qualitat comparada amb l'obra en alemany. En ells vaig veure el reflex del meu particular conflicte amb la poesia.

És el misteri de la paraula poètica. Es poden tenir una o diverses llengües de cultura, però només una serveix per entrar al lloc on hi ha el poema. Com en els contes, es tracta de penetrar en algun lloc però cal conèixer la paraula que l'obre. Totes aquestes qüestions són irrellevants quan la llengua materna i la de cultura coincideixen. Per quan no és així, em vaig inventar la falla de la Catedral: la cultura i la seva literatura poden ser una catedral, amb meravellosos contraforts, rosasses, pilastres, naus, voltes, absis, portals. Però res d'aquesta magnificència és fonamental per al poema. Perquè l'important és saber que la catedral sense la cripta no existiria. Per més que la cripta no sembla gran cosa, tan sols un humil forat excavat a terra: però aquest és el lloc fonamental, insubstituïble, de la poesia i la llengua materna.

De seguida vaig començar a escriure i publicar els primers llibres en la meua llengua materna. A Salvador Espriu, el gran poeta català, a qui per cert no vaig arribar a conèixer personalment, agraeixo unes elogioses paraules que va escriure sobre els meus poemes, i que acabaven així: «Que el senyor Margarit vingui del castellà no es nota ni m'importa. Millor encara».

Encara que van arribar alguns reconeixements importants, tots aquells primers llibres en català tenien, per a mi, el mateix defecte: l'excés d'entusiasme poètic i lingüístic, natural pel fet d'acabar de descobrir la causa primera de tots els meus problemes, aquesta especial relació entre la poesia i la llengua materna que jo havia ignorat fins llavors. D'aquells trenta anys i tretze llibres, quatre en castellà i nou en català, queda avui al començament de la meua obra completa l'equivalent a un únic llibre, amb el títol explícit de *Restes d'aquell naufragi*.

M'acostava a l'edat en la que Rilke i Maragall van morir. Però també sabia que era una edat en la que Saint John Perse, Juan Ramón o Kavafis no havien escrit, encara, el millor de la seva obra.

Però la tranquil·litat lingüística no va arribar encara, perquè el pas de la llengua castellana al català –que va significar una sobtada il·luminació del territori poètic– em va despertar alhora una profunda tristesa pel que suposava per a mi l’abandonament de la llengua que tant m’havia donat també en lectures i aprenentatge. El canvi de llengua deixava una ferida sentimental, era un comiat de l’altra llengua, la qual quedaria lluny per sempre dels meus versos. I no vaig acceptar aquest final: em deia que si Franco m’havia proporcionat, d’una manera violenta i terrible, l’accés al castellà, aquest castellà era el millor que la seva dictadura m’havia donat i ara no el retornaria. I vaig prendre una última decisió sobre la forma d’escriure poesia, aprofitant la part positiva de la meua ja llarga i complicada experiència. M’explico: inicio el poema a partir d’un nucli intuïtiu, no lingüístic, el que anomenem inspiració, i acostumo a fer moltes versions, retocs i revisions. Puc treballar durant mesos en un poema, sempre a punt per a ser refet o canviat. En aquell moment em vaig adonar que la clau era aquella primera versió –la que arribava just després del territori no lingüístic– i que aquella era la que jo necessitava arrencar en català, en la llengua materna. Després, ja podia deixar que seguissin avançant totes les versions següents en les dues llengües alhora. Avançar, que mai no ha significat traduir. D’aquesta manera he escrit –tots ells en les dues llengües– els gairebé nou-cents poemes que, a la fi i fins avui, he deixat que entressin en la meua obra.

Tinc una ja llarga vida dedicada a les llengües catalana i castellana extraient d’ambdues la pròpia pau interior, però, sobretot, intentant proporcionar als lectors aquesta ajuda, defensa i consol enfront de la intempèrie que sempre ha estat la principal missió de la poesia. La primera vegada que algú desconegut em va parar pel carrer per agrair-me que els meus poemes li haguessin ajudat a salvar un moment difícil de la seva vida, vaig saber de veritat perquè escrivia i per a què serveix la poesia.

Aquest és un bon punt per posar fi a aquest discurs. Amb les nostres llengües hem expressat, per descomptat, el pitjor del que som però també el millor de nosaltres mateixos. Per això aquest premi recorda a Miguel de Cervantes, a qui admiro profundament encara que no només per haver estat un dels escriptors més rellevants que han existit, sinó per haver-ho estat –a més i pel que jo sé– sent una bona persona. En nom de la bondat de Miguel de Cervantes ara m’agradaria acabar amb l’últim dels poemes que he escrit –en aquest amable i alhora terrible mes de desembre de 2020 en el qual he rebut el meu Premi Cervantes en la intimitat. Això ha estat possible gràcies a la deferència de rei Felipe i la reina Letizia que, atenent a la meua impossibilitat de viatjar, s’han acostat a Barcelona, acompanyats del ministre de Cultura, amb aquest únic objectiu de lliurar-me’l.

21 de desembre del 2020

Recuerdo de un campo

Era una antigua viña al pie de un margen
cubierto por un farrago de zarza y matorral.
Al limpiarlo, quedó al descubierto
la firmeza de un alto muro de piedra en seco.
Transmitía belleza y verdad,
igual que un buen poema,
porque, para decir lo que se sabe,
se necesita el tiempo hasta que se confunden
nuestros recuerdos con nosotros mismos.

Pero, al igual que el poderoso muro
de piedra en seco,
para asentarnos precisamos tiempo.
Es cuando la vejez puede tener ventajas,
si es que la reflexión la ha acompañado.
Podemos alcanzar la claridad, la fuerza:
que nada nos oculte a los rayos de sol.
Ya que, ignorar la muerte
o tener miedo de ella, es no haber comprendido.
Es lo mismo que impide hacer un buen poema.

Record d’un camp

Era una vinya antiga al peu d’un marge
cobert per un desordre d’esbarzers i bardisses.
En netejar-lo, va deixar a la vista
–alt i segur– un mur de pedra en sec.
Transmetia bellesa i veritat,
igual que un bon poema,
perquè, per dir el que saps és necessari el temps:
esperar a que es confonguin els records
amb nosaltres mateixos.

Però, com aquell mur tan fort de pedra en sec,
necessitem un temps pel nostre assentament.
Llavors és quan ser vell pot tenir avantatges,
si la reflexió ens ha acompanyat.
Podem ser forts i clars, sense res que ens ocult
als raigs de sol. Doncs, ignorar la mort
o haver-li tingut por, és no haver entès res.
El mateix que impedeix escriure un bon poema.



Fotografía: Carlos Schwartz

Edita: © MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE. Secretaría General Técnica. S. G. de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones

NIPO: 822-21-013-7

Depósito legal: M-9807-2021